

CHARLES TAYLOR, *A Secular Age*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2007. 874 páginas.

Estamos ante una obra muy extensa de un autor nacido en 1931, ya emérito aunque en activo, que se ha ganado merecidamente su prestigio con libros importantes. En esta voluminosa obra de cinco amplias partes y un epílogo, se plantea recopilar sus ideas sobre un tema central del mundo moderno: la secularización. Un asunto sobre el que ya versaron sus Gifford Lectures en 1998 y 1999.

Desde su "Introducción" (pp. 1-22), este libro adolece de algunos desajustes. El primero en realidad es su título, porque asimila un fenómeno de la modernidad y, sin declararlo, lo estudia como si fuera un asunto básicamente del mundo de habla inglesa. El autor parece siempre estar aludiendo a "esta trayectoria 'Anglófona'" (p. 455), que resulta ser una especie de gesta en la que el patriotismo británico se cimienta en torno a su identificación con la "causa protestante". Una epopeya en donde "the major threats to national security came from large 'Papist' powers" (p. 454)¹.

En la entrada del libro, Taylor reconoce que el mundo moderno se ha separado de cualquier tipo de fe y que esto es algo evidente en "el estado occidental moderno" (p. 1). Pronto aparecerá en su texto la inquietante idea de *lo atlántico norte*, un concepto muy poco claro en este escritor. Y desconcertante, sobre todo cuando entretiene su narrativa con expresiones como la "cristiandad occidental" (p. 29).

Parece una obviedad tener que decir que la británica y la iberoamericana son

las culturas europeas que se pueden considerar de mayor proyección atlántica. Pero, mientras Taylor no tiene inconveniente en hacer menciones a Nueva Zelanda o Australia, apenas si hace referencia a la Europa hispánica. Cuando lo hace, incurre en el tópico de los escritores calvinistas, con sus referencias a una España de santos místicos o fanáticos, y poco más.

En su presentación del individuo moderno, las ideas-guion del texto son "el proceso de desencantamiento" (p. 29) del hombre occidental y "el espacio interno" (p. 30), entendido como un "espacio mental" (p. 37) que podemos conocer mediante nuestra "reflexividad radical" (p. 30). El resultado es que el individuo moderno alcanza así un *self* independiente y autónomo, blindado (p. 37), frente al *self* poroso y vulnerable de las "épocas oscuras" (p. 62) de la Edad Media.

Taylor recurre a un historicismo que le permite recorrer a discreción la historia de Europa y todo lo que él considera sus antecedentes. Lo mismo menciona a las "tribus germánicas" del siglo octavo (p. 63) que salta a esa Atenas que para él se halla representada en Platón y Aristóteles principalmente. Para quien no se sienta dentro del laberinto dialéctico, puede resultar reveladora la importancia que le otorga al desarrollo del humanismo medieval y del primer Renacimiento como elementos para disciplinar y reorganizar la sociedad (p. 88). Desde luego el autor se toma sus licencias cuando sigue el rastro de los hugonotes holandeses y no menciona a los llega-

¹ [Las mayores amenazas a la seguridad nacional venían de los grandes poderes "papistas"].

dos a Cataluña o los emigrados a Berlín (p. 222). Resulta discutible que ignore tanto las tradiciones medievales europeas, o que haga uso acríticamente de conceptos como integración “a varias velocidades” (p. 62), o de otros términos utilizados en el mundo de hoy. Son expresiones demasiado difusas y, simultáneamente, marcadas ideológicamente para aplicarlas a otras épocas.

Uno de los puntales en que asienta su trabajo Taylor es la idea de *imaginarios sociales*, concepto poco convincente por lo impreciso de su uso y que el autor obviamente encuentra útil.

El camino que usa Taylor para contar la llegada a la secularización está pavimentado claramente *à la Max Weber* (p. 446) y asimila la historia de Europa a esa historia gótica en donde se considera más atlántica Alemania o, llegado el caso, la Commonwealth de Australia o Nueva Zelanda, que el Mediterráneo del republicanismo italiano, la cultura sefardita o la riqueza de las escuelas griegas hasta el siglo quinto d. C.

Hay un aspecto de esta obra que resulta chocante, sobre todo a la vista de su carácter reiterativo. Con cierta frecuencia Taylor nos avisa de no estar preparado para hacer un estudio suficiente de algún punto que va a tocar, o reconoce que no tiene apenas basamento para montar una deducción teórica; y, sin embargo, a continuación procede a emitirla. Esta disociación se hace a veces incómoda.

La nómina de sus referencias alude una y otra vez a la lista de autores consagrados por esta era secular (John Locke, Jean-Jacques Rousseau, Alexander Hamilton, Immanuel Kant, Georg F. Hegel, Karl Marx,

Edmund Husserl, Martin Heidegger, Ludwig Wittgenstein, algún postmoderno). Hay que admitir que Taylor domina un canon que se ha convertido en el camino trillado y de *instrucción* de los universitarios. Es de justicia reconocer, además, que Taylor recorre campos y praderas entrando y saliendo con la brillantez de sus muchos conocimientos y su sabiduría. Pero esta vez debemos presentar algún reparo a este recorrido.

El libro está escrito como si estuviese siendo dictado directamente al ordenador y guardado sin mucha pre-meditación; a veces parece tener la tonalidad musical de unas memorias. Hay páginas en que se acumulan conocimientos que pueden ser útiles, pero también pueden resultar un tanto equívocos, porque el autor anula tradiciones, impone ausencias muy importantes para la identidad europea y, sin declararlo, propone visiones del mundo y comprensiones del pasado de Europa que son difíciles de aceptar. Y esto son palabras mayores.

La falta de reposo en la escritura conduce el texto a cierta arrogancia innecesaria. Llaman la atención las repeticiones manifiestas de algunas de sus afirmaciones o ejemplos. En todo caso es un defecto menor, pues probablemente en el texto se hayan incluido diferentes conferencias que tienen entidad en sí mismas y que suelen generar estas redundancias. Así mismo se utilizan conceptos no siempre explicitados ni justificados. También sobresale la evitación de autores relevantes. Sorprende que, por ejemplo, al presentarnos sus originales ideas acerca del *self* moderno, no mencione obras importantes como *The Procedural Republic and the Unencumbered Self*²

² Michael J. SANDEL, “The Procedural Republic and the Unencumbered Self”: *Political Theory*, vol. 12, n.º 1 (1984), pp. 81-96.

de Michael Sandel, autor que sólo aparece citado anodinamente una vez.

Este libro, con su riada de juicios y opiniones, debe leerse con una meditación extra. Quizá deban ir preparados los lectores que no comulguen con un anglo-centrismo tan intenso o los jóvenes que puedan quedar impresionados por lo que es un aluvión de conocimientos sabios, si bien nacionalistamente algo recalentados. Una inclinación a veces no fácil de percibir cuando está ejecutada con la suavidad propia de esta tradición académica que escribe pareciendo que reconoce sus muchas limitaciones con una mano, mientras que con la otra está levantado un templo para el que nos pide reverencia.

En su recorrido por las “narrativas de la secularización, el “universo expansivo de la descreencia”, “el marco inmanente de la vida actual” o “la fuerza de la religión hoy”, Taylor desarrolla sus escritos como un río que fluye imparable y sin descanso. Es evidente que lo hace desde el valor de toda una vida de estudioso, y quizá por eso no ha creído necesario un tiempo de contraste y revisión de cuya ausencia el texto se resiente.

La religión es un factor esencial en el contenido de esta obra. Como el autor reconoce, todo su libro es un intento de estudiar el destino final de la fe religiosa en el occidente moderno (p. 510); sin duda, para él, “our societies in the West will forever remain historically informed by Christianity” (p. 514)³. Ahora bien, en

todo momento su visión es lo que hoy diríamos gótica, en donde la metodología dialéctica asume el protagonismo absoluto. Taylor mira al mundo de la *Commonwealth* al que considera trufado por la fragancia de la *cultura continental* que aportan identitariamente Francia e intelectualmente Alemania.

Metodológicamente Taylor desenvuelve un entramado de ideas, convicciones y análisis sociales que en muchos momentos resultan fáciles de asociar con la sociología de la cultura. En este sentido resulta expresiva su admiración por Norbert Elías.

Mención aparte ha de hacerse de las ausencias. A pesar de la extensión casi ilimitada de la narrativa del libro, Taylor no tiene sitio para autores que son fundamentales en la teoría política contemporánea. Ya hemos mencionado el caso de Sandel, pero igual podríamos decir de Sheldon S. Wolin y su análisis imprescindible del pluralismo americano, o los magistrales estudios de Eric Voegelin, en particular su “On Hegel: A Study on Sorcery”⁴, algo que resulta difícilmente perdonable en un especialista hegeliano como es Taylor.

Por último, debemos decir algo respecto a la gran ausencia del mundo de habla española. El lector que admire por sus méritos a Charles Taylor, pero no viva dentro de su mismo laberinto, se preguntará insistentemente cómo es posible hablar del Estado y del mundo moderno sin escuchar y estudiar más esa perspectiva mediterránea que en esta obra queda sublimada.

³ [Nuestras sociedades en el oeste permanecerán siempre históricamente informadas por el cristianismo].

⁴ Eric VOEGELIN, “On Hegel: A Study in Sorcery”, en *Published Essays. 1966-1985. The Collected Works of Eric Voegelin*, edited with an introduction by Ellis Sandoz, Louisiana State University Press, Baton Rouge and London, 1990, pp. 213-255.

Tanto los lectores del sur de Europa como buena parte de los latinoamericanos se pueden sentir perplejos ante datos, ideas y opiniones que han sido armados con una ideología cultural muy rígida y estimados con deformaciones poco prudentes.

En resumen, un libro muy instructivo tanto por los muchos conocimientos y reflexiones que aporta como por sus inquietantes y trascendentales limitaciones.

JAVIER ROIZ